



Manuel y el oso negrito



Una historia sobre el guardián de los bosques interandinos



MANUEL Y EL OSO NEGRITO



Trabajamos para conservar la naturaleza para las personas y la vida silvestre.

juntos es posible. wwf.org.ec

El libro que tienes en tus manos, ha sido posible gracias a:

Comunidad de Yunguilla
Caserío El Placer
Asociación de Turismo Comunitario Quinde Warmi
Fundación Ecominga

Elaborado por Manthra Comunicación • www.manthra.ec

Creación literaria: Leonor Bravo Velásquez
Ilustración: Cristina Yépez - Cardenilla

Este cuento es libre de derechos de reproducción. Puede ser impreso y difundido por cualquier vía, siempre y cuando mantenga los créditos correspondientes.

Quito, Ecuador
Julio de 2021



Manuel y el oso negrito

Leonor Bravo
ilustración: Cardenilla

La abuela se sentó en el corredor de la casa. Rodeada de sus bisnietos, los hijos de Rosa su nieta mayor, se la veía feliz. Empezaba a anochecer, mosquitos, mariposas y grillos, atraídos por la luz del foco, giraban alrededor del grupo.

—Mamina Inés, cuéntenos una historia —dijo Katya, la más pequeña de la familia.

Los niños, sentados a sus pies la miraban ilusionados. La anciana, que vivía en una comunidad de más arriba, venía una o dos veces al mes y se divertían mucho con ella, porque les hablaba de los tiempos antiguos y les contaba historias de miedo.

—Cuéntenos la del oso —dijo Roberto, el mayor, de casi 12 años—. Mañana estamos invitados a una minga en la comunidad de mi primo Camilo, en otra provincia donde también hay osos, y les quiero contar esa historia.

—Está bien, otra vez la del oso, aunque seguro que ya te la sabes de memoria. —Se rio la señora. La luz del foco brillaba en su pelo blanco y en sus ojos cansados.

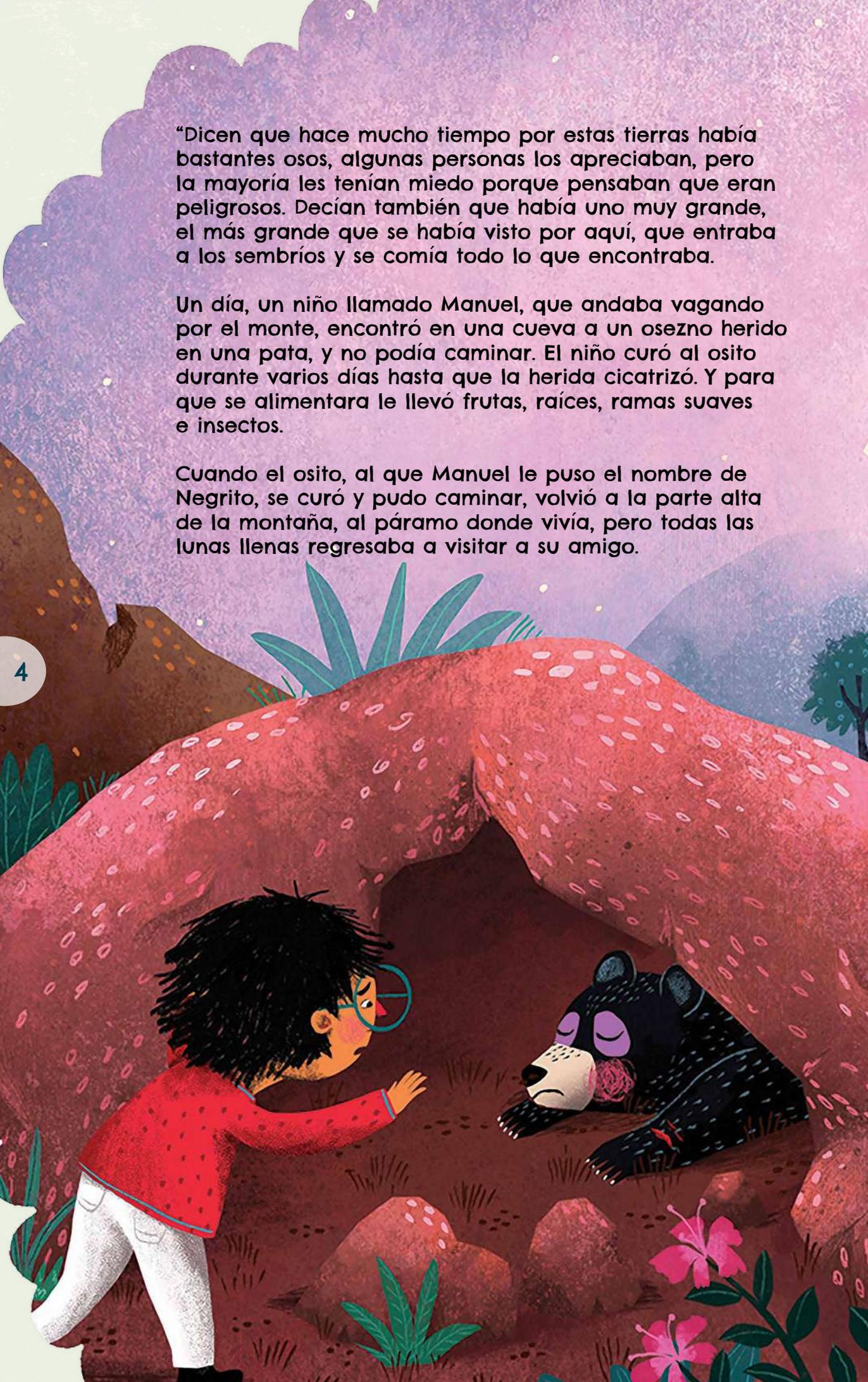




“Dicen que hace mucho tiempo por estas tierras había bastantes osos, algunas personas los apreciaban, pero la mayoría les tenían miedo porque pensaban que eran peligrosos. Decían también que había uno muy grande, el más grande que se había visto por aquí, que entraba a los sembríos y se comía todo lo que encontraba.

Un día, un niño llamado Manuel, que andaba vagando por el monte, encontró en una cueva a un osito herido en una pata, y no podía caminar. El niño curó al osito durante varios días hasta que la herida cicatrizó. Y para que se alimentara le llevó frutas, raíces, ramas suaves e insectos.

Cuando el osito, al que Manuel le puso el nombre de Negrito, se curó y pudo caminar, volvió a la parte alta de la montaña, al páramo donde vivía, pero todas las lunas llenas regresaba a visitar a su amigo.







En una ocasión, Negrito vino un día en que no había luna y eso a Manuel le sorprendió. Su amigo oso lo llamaba y le pedía que lo siguiera.

Manuel caminó un largo rato junto a Negrito, hasta que llegó a una quebrada en la que había un oso herido. Era enorme, el más grande que él había visto. Alguien le había disparado, no lo había matado, pero le había dado en una pata y no podía caminar. A pesar de tener miedo, Manuel lo curó. Durante varios días lo acompañó y lo alimentó. Después de eso nunca volvieron a encontrar sembríos destrozados.



La gente cree que Manuel aprendió a hablar el idioma de los osos y que hizo un trato con ellos: los osos dejarían de destruir los sembríos y de comerse sus frutas o maíz, pero ellos se comprometerían a no seguir cortando los árboles ni tumbando el monte, porque eso dejaba sin alimento a los osos.

Cuentan que cuando Manuel estaba ya muy viejo se internó en el bosque y nunca volvió. Dice la gente que se convirtió en oso, que desde entonces fue el guardián del bosque, y que gracias a él regresaron muchos animales y plantas que habían desaparecido. Algunos cuentan que lo han visto en lo más alto del monte conversando con la luna llena, pero que solo está un ratito y después se va”.



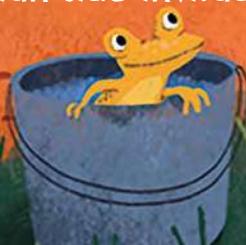
—¿O sea que es por ese trato que dejaron de sembrar en la parte alta, porque eso es de los osos? —preguntó Roberto.

—Eso es de todos, es nuestro, de la Madre Tierra, de los osos, de los demás animales y de las plantas que estuvieron aquí antes que nosotros —respondió Mamina Inés—. Y si el monte está bien nosotros también nos beneficiamos, porque la tierra sigue siendo fértil, el aire es más puro y el agua que viene de arriba es más limpiecita y buena.

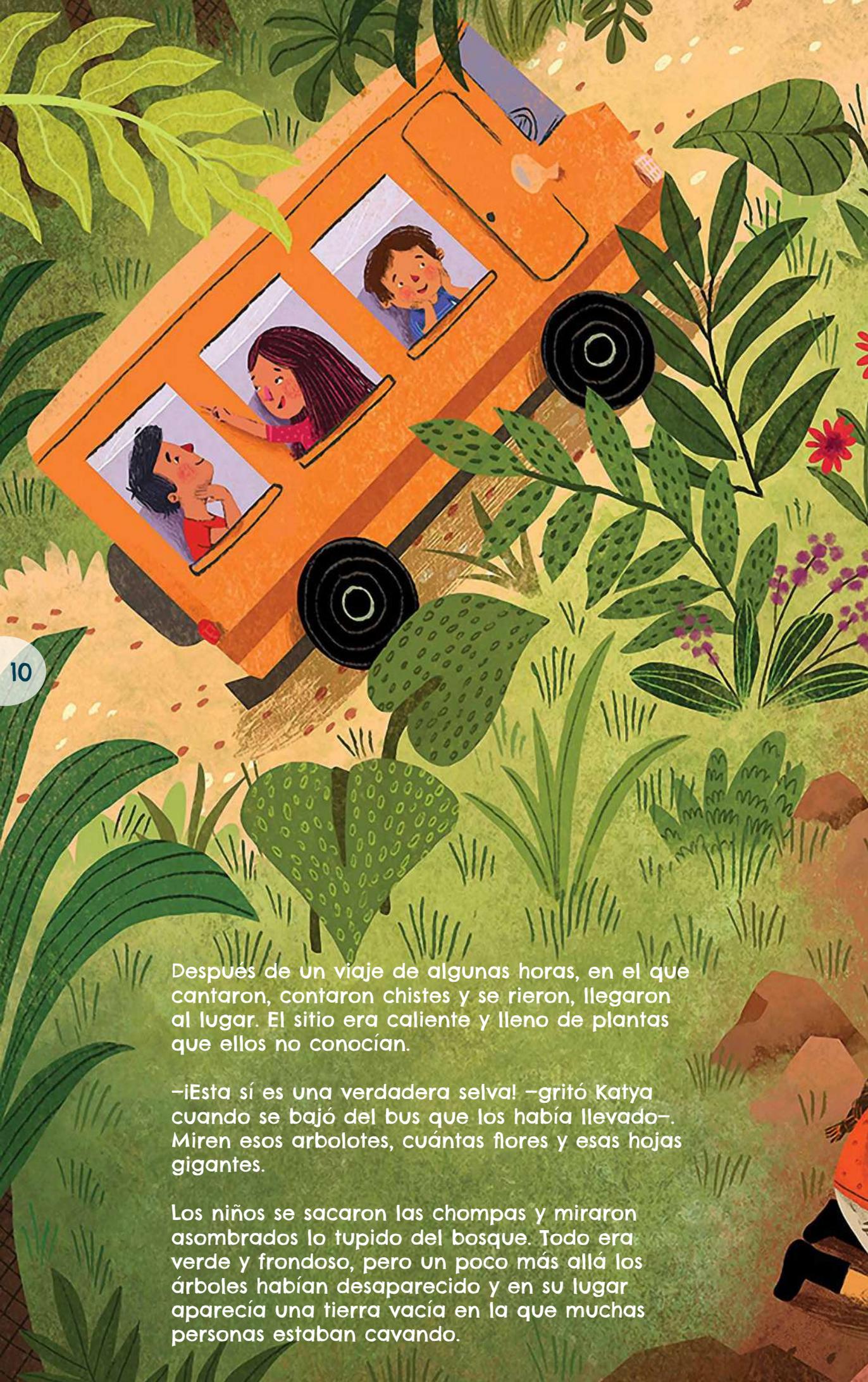
—¿Manuel se convirtió en oso? —gritó entusiasmada Katya—. ¡Qué valiente era! Curó a un animal herido, eso es muy peligroso, lo pudo haber matado.

—Los osos no matan gente —dijo Rosa, la madre de los niños, que llegaba en ese momento—. Se comen nuestros sembríos porque tienen hambre, y claro, también porque son golosos, a ellos les encantan los choclos tiernos como a nosotros. Y ahora vamos todos a dormir porque debemos madrugar para el viaje.

Al otro día Mamina Inés regresó a su casa, ubicada en lo alto del monte y sus nietos, junto a un par de amigos, salieron a la minga a la que habían sido invitados.







Después de un viaje de algunas horas, en el que cantaron, contaron chistes y se rieron, llegaron al lugar. El sitio era caliente y lleno de plantas que ellos no conocían.

—¡Esta sí es una verdadera selva! —gritó Katya cuando se bajó del bus que los había llevado—. Miren esos arbolotes, cuántas flores y esas hojas gigantes.

Los niños se sacaron las chompas y miraron asombrados lo tupido del bosque. Todo era verde y frondoso, pero un poco más allá los árboles habían desaparecido y en su lugar aparecía una tierra vacía en la que muchas personas estaban cavando.

–¿Qué están haciendo? ¿Cortaron el bosque?
–preguntó Roberto.

–Estamos en una minga de siembra –dijo Matilde,
una de las señoras del grupo que los recibió.

–Aunque ya la tierra no es como antes –dijo
otra de las señoras–, cada vez nos cuesta más
sembrar, las plantas crecen raquíticas y los frutos
no son muy buenos.

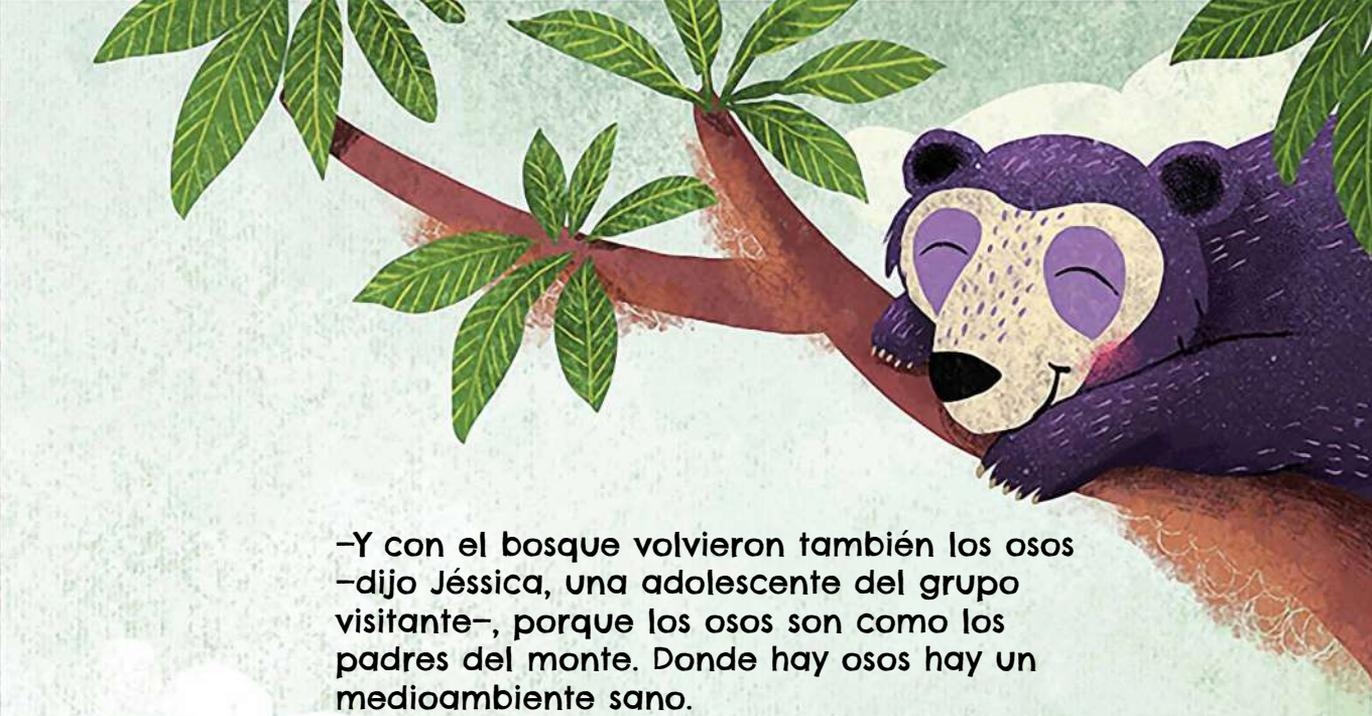
– Y los sembríos se nos mueren antes de hora
–dijo Camilo, el primo de Roberto. –Por eso
les invitamos, necesitamos más manos para
recuperar nuestra tierra–.



Mientras se ponían manos a la obra para la minga, Roberto se dio cuenta que era el momento perfecto para contarles la historia que había aprendido de Mamina Inés. Mientras limpiaban la tierra y sembraban nuevas plantas, les narró el cuento de Manuel y el oso Negrito y de cómo, en honor a un trato hecho entre ellos, su comunidad se había comprometido a cuidar la naturaleza y a no seguir tumbando el monte.

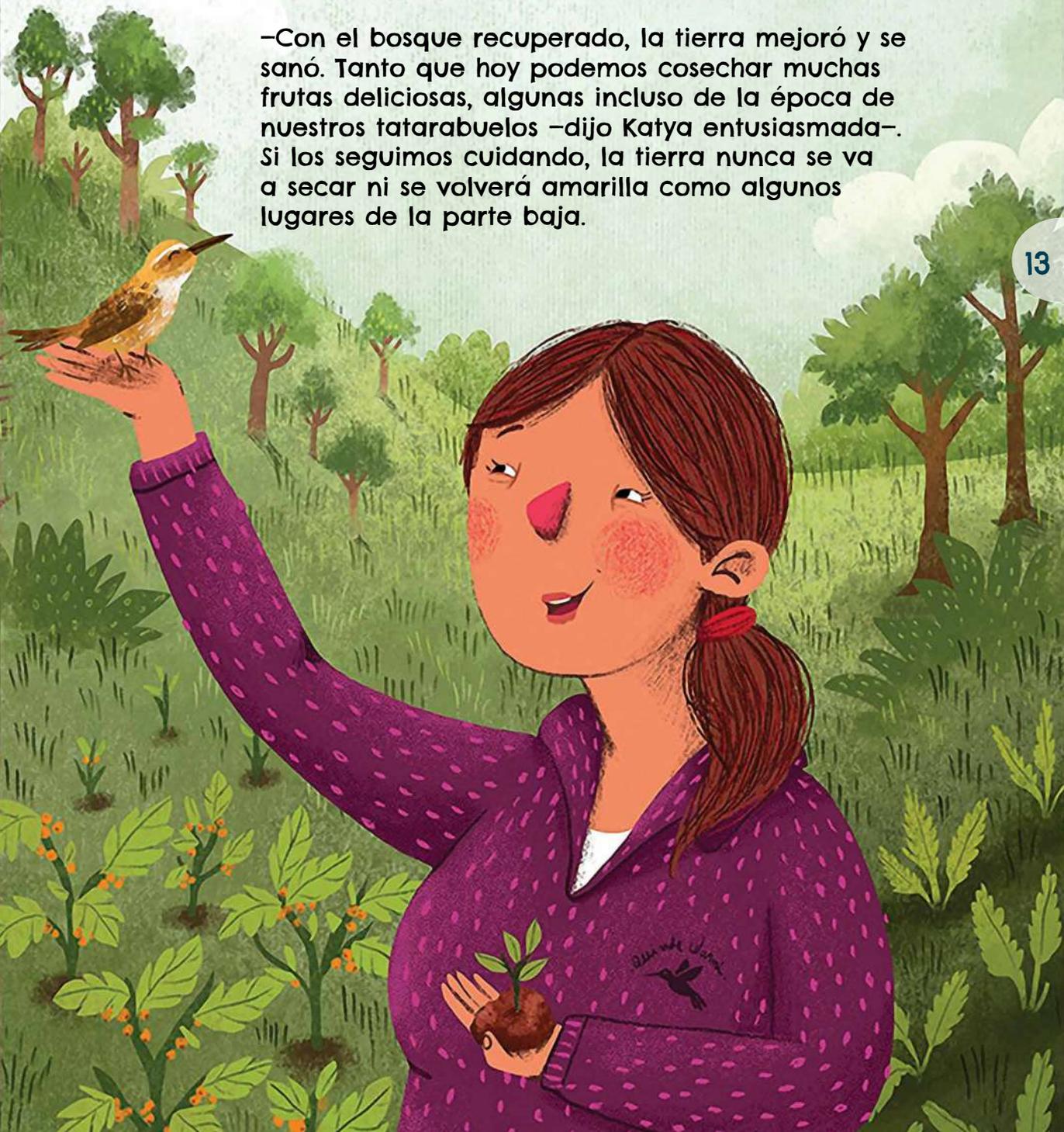
—En nuestra comunidad la gente también había tumbado el monte y cada vez teníamos menos bosque —dijo Rosa—, pero poco a poco nos dimos cuenta de que estábamos dañando la tierra y arruinando nuestro futuro, dejamos de talar y con el tiempo, regresó nuestro bosque, había más agua y nuestros sembríos mejoraron.

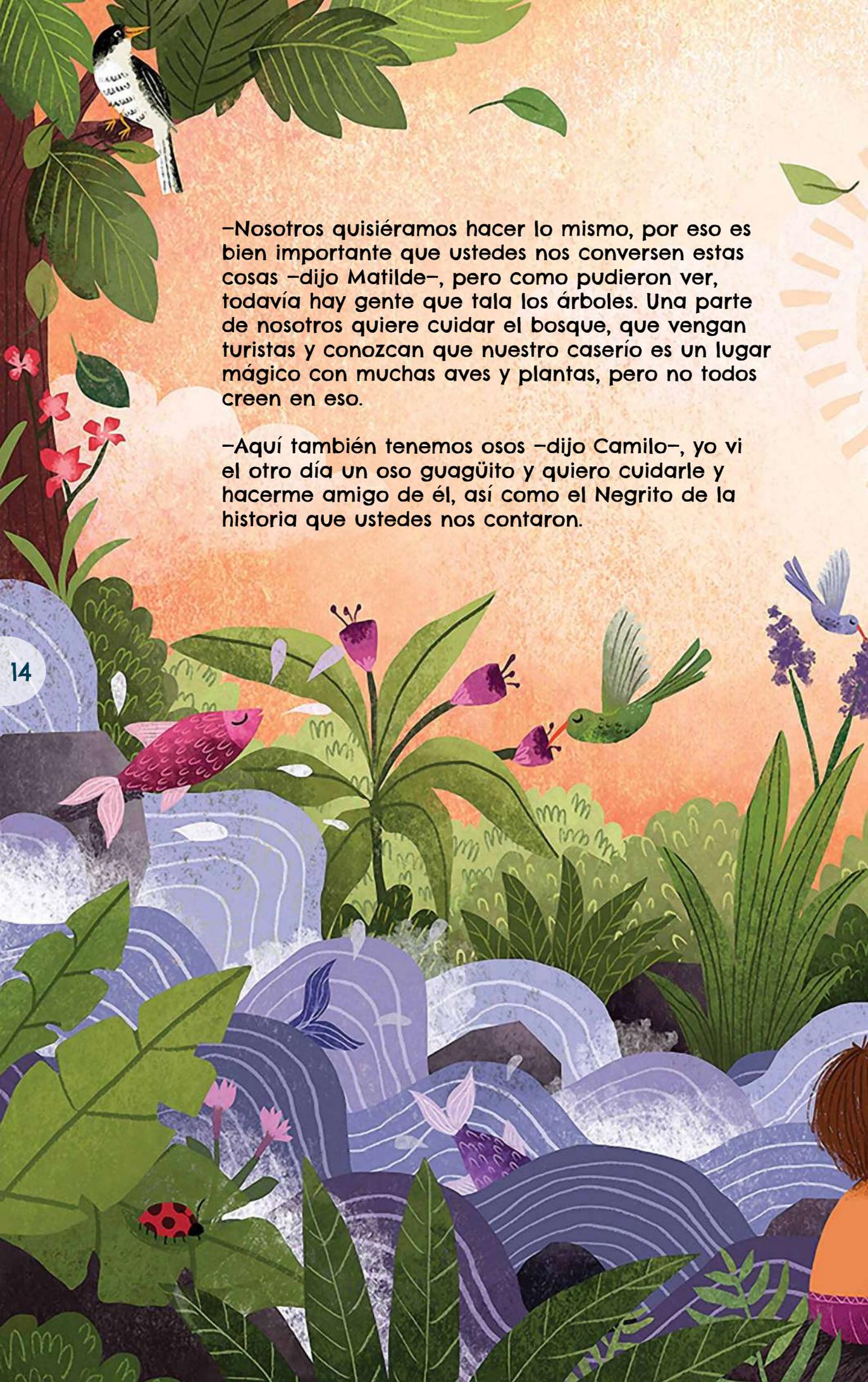




–Y con el bosque volvieron también los osos –dijo Jéssica, una adolescente del grupo visitante–, porque los osos son como los padres del monte. Donde hay osos hay un medioambiente sano.

–Con el bosque recuperado, la tierra mejoró y se sanó. Tanto que hoy podemos cosechar muchas frutas deliciosas, algunas incluso de la época de nuestros tatarabuelos –dijo Katya entusiasmada–. Si los seguimos cuidando, la tierra nunca se va a secar ni se volverá amarilla como algunos lugares de la parte baja.





–Nosotros quisiéramos hacer lo mismo, por eso es bien importante que ustedes nos conversen estas cosas –dijo Matilde–, pero como pudieron ver, todavía hay gente que tala los árboles. Una parte de nosotros quiere cuidar el bosque, que vengan turistas y conozcan que nuestro caserío es un lugar mágico con muchas aves y plantas, pero no todos creen en eso.

–Aquí también tenemos osos –dijo Camilo–, yo vi el otro día un oso guagüito y quiero cuidarle y hacerme amigo de él, así como el Negrito de la historia que ustedes nos contaron.

Cansados por todo el trabajo, por la tarde bajaron a bañarse en el río. Hacía calor y todos disfrutaron del agua fría, nadaron y jugaron con la poderosa corriente del río.







Luego recorrieron una gran parte del lugar. Los niños admiraron la cantidad de pájaros y mariposas, mientras trataban de evitar el ataque de los cientos de mosquitos que los perseguían.

—¡Aquí hay un oso! —gritó Roberto—, vengan a ver.

Todos corrieron y se agruparon alrededor de él. —¿Dónde esta? ¿Dónde? No hay nada —exclamaron, cada uno por su lado.

—Esta es una huella de oso —señaló Roberto. Allí en medio del barro se la veía claramente—. No está aquí en este momento, pero pasó por este lugar hace poquito, porque la huella está fresca. Si no nos hubiéramos quedado tanto en el río lo habríamos encontrado.

Todos se rieron de él, pero aceptaron que tenía razón, casi se encuentran con un oso.

Al día siguiente, todos con su mejor sonrisa, se tomaron una foto para el recuerdo. Era genial tener nuevos amigos. Rosa aprovechó el momento para invitarlos a su comunidad y les insistió en que debían planificar una visita para vacaciones.

A la vuelta todos iban callados, estaban un poco tristes por dejar a los nuevos amigos y cansados por el largo baño en el río y la caminata, pero también felices de regresar a casa. Era la primera vez que hacían un paseo tan largo y tenían mucho que contar a la Mamina Inés.

Llegaron a casa a la noche, la luna llena iluminaba el bosque dejando adivinar misteriosas sombras que volaban y reptaban entre los árboles, y si alguien hubiera mirado bien, habría visto, en lo más alto del monte, a un oso conversando con la luna.





OSO andino

Guardián del Bosque

El oso andino u oso de anteojos, especie emblemática del Ecuador y de Latinoamérica, es el segundo mamífero más grande de la región y es una de las especies tope de la cadena alimenticia. Su presencia dentro de algunos de los bosques de nuestro país es un indicador de que estos territorios aún son saludables, ya que en ellos encuentra comida y puede tener a sus crías.

Además, al ser un gran caminante, dispersa las semillas de su alimento, regenerando los bosques. Por eso se lo conoce como uno de los arquitectos de las montañas.

Oso andino, el guardián del bosque es una campaña de **WWF Ecuador**, desarrollada en el marco del **Proyecto de Conservación del Oso de Anteojos**, dentro del Corredor Ecológico Llanganates-Sangay. Con ella queremos sensibilizar y concientizar a la población sobre la importancia de la protección de los territorios en los que habita esta especie dentro del Ecuador, como el Chocó andino y el Corredor Llanganates-Sangay.

Esta campaña ha sido posible gracias a los relatos de los habitantes del caserío El Placer y al trabajo de la Asociación de Turismo Comunitario Quinde Warmi, en Tunhuruagua. Así como al apoyo y compromiso de la comunidad de Yunguilla, al noroccidente de Quito, quienes han compartido generosamente sus lecciones aprendidas sobre la protección del oso andino y del bosque. Finalmente, gracias a la Fundación Ecominga, gran aliada en la conservación de la naturaleza y el trabajo con la comunidad.





Trabajamos para conservar la naturaleza para las personas y la vida silvestre.

juntos es posible.

wwf.org.ec

